

CRÓNICA CIENTÍFICA Y LITERARIA.

LOS AEREONAUTAS.

Expertus vacuum Daedalus aera, Pennis non homini datis. Hor. lib. I. oda III.

Dédalo se arrojó á los airès con álas que la naturaleza no ha dado al hombre.

Cada día se estrechan mas los límites de lo imposible: los hombres han invadido los aires: los estrangeros la Francia. Si un viagero llamado Carlos ó Roberto hubiese venido en 1784 desde las orillas del Sena á los desiertos de la América meridional, para contarme que antes de su partida de París se habia elevado desde el centro del Campo de Marte á las regiones mas altas de las nubes, manteniéndose durante media hora á quinientas ó seiscientas toesas sobre las torres de la catedral, me hubiera figurado al momento que este pobre hombre habia perdido el juicio, y que ningun consejo podia serle mas saludable que el de continuar su viage aéreo hasta la luna, montado en su hipógrifo, cual otro nuevo Astolfo, para recobrar en ella lo que habia perdido. En caso de haber insistido en probarme que no habia perdido el juicio, sin acudir á los miramientos de una política desconocida en aquellas selvas, lo hubiera tratado de embústero; y me hubiera dado el ridículo bastante comun de negar por el racionio un experimento probado por los hechos.

¿Cómo exige vmd. que crea (le hubiera dicho) un prodigio que está en contradiccion tan evidente con la primera y mas invariable ley de la naturaleza, la de la gravedad? y haciendo una aplicacion falsa de un principio cierto y conocido, sin dejar de traer en apoyo suyo todas las nociones de fisica sacadas de los elementos del abate Nollet, en que habia dado punto á mis estudios, hubiera amontonado argumentos para probar á un hombre que no habia podido ver lo que habia visto, y que no habia emprendido lo que habia executado. Pero si el viagero, en contestacion á mis bellas teorías, hubiese formado con ojas secas del banano silvestre un cuerpo esférico de bastante dimension, que se hubiera elevado luego que el aire contenido en él hubiese sido por la rarefaccion menos grave que el atmosférico, es probable

que pasado el primer momento de sorpresa nada hubiera encontrado de particular en este descubrimiento, sino que Torricelli no lo hubiese hecho el día en que descubrió la gravedad del aire.

Sea lo que quiera de la dificultad de esta invencion, lo cierto es que la envidia no se la ha disputado á su autor, y que ha dado lugar á la empresa mas atrevida que intentó jamas el hombre.

¿Qué hubiera dicho Horacio que se extasia en tan hermosos versos sobre la temeridad del *marinero armado de un triple corazon de bronce, que por primera vez se entregó á los mares crueles, en una barquilla frágil sin temor á los vientos del Africa, ni á las tristes Híades?* ¿Con qué sorpresa hubiera visto en su tiempo á una jóven arrojarle desde los jardines de Tivoli á la inmensidad de los aires, desaparecer en medio de las nubes, y por un prodigio de audacia, mil veces mas admirable aun, abandonar voluntariamente el apoyo frágil que la suspende en el abismo, y entregarse en su caída inmensa al ligero velo de seda extendido sobre su cabeza!

Tal es sin embargo el maravilloso espectáculo que he presenciado en los jardines de otro Tivoli, á donde me habia llevado un amigo, con quien me unen cada día relaciones mas íntimas.

Me decia en el camino: yo estaba en París en 1782 cuando Mongolfier concibió la primera idea de los globos aëreostáticos viendo que unas enaguas puestas sobre un calentador se elevaron hasta el techo del cuarto luego que el calor hubo enrarecido bastante el aire contenido en su capacidad. Mongolfier, que habia hecho un estudio particular de la aplicacion de las ciencias físicas á las artes de industria, no dejó de observar este efecto fisico, que probablemente se habia repetido muchas veces delante de ciertas gentes incapaces de deducir de él ninguna consecuencia.

Esta sola observacion le reveló toda la teoría de los globos aëreostáticos. El 5 de Junio hizo en Anonay su primer ensayo, que no le dejó la menor duda sobre el éxito feliz, de un experimento, que todos repitieron á porfia, y su aparato tomó el nombre del



autor del descubrimiento. Hubo un furor por los *Montgolfiers*: y en varias funciones públicas que se dieron con este motivo, siempre constituían su principal ornato. Las mujeres no soñaban más que globos aëreostáticos; cada una quiso echar el suyo, y la policía tuvo que publicar al fin un reglamento prohibiendo una diversion, que comprometía la seguridad pública; esponiendo á todas las consecuencias de un incendio la casa ó granja en que por casualidad caía el globo, que llevaba un braserillo suspendido de su abertura.

Esta afición frívola que en nada se diferenciaba hasta entonces de la que tienen los muchachos á las bolas de jabon, paró en entusiasmo cuando se dijo que habia un hombre bastante audaz para confiar su vida á tan frágil apoyo, y correr los azares de su peligrosa ascension. Un jóven dado al estudio de la física, llamado Charles, imaginó emplear el gas hidrógeno como medio de ascension, perfeccionando de este modo el descubrimiento de *Montgolfier*. Construyó un globo de tafetan encerado, al cual suspendió una barquilla en que se elevó desde el centro del campo de Marte el 27 de Agosto de 1783, y dió por primera vez al mundo el espectáculo de un hombre invadiendo la region de las aves.

Es imposible dar una idea del efecto que produjo semejante espectáculo en la muchedumbre que lo observaba. Resonaron largo tiempo por los aires los gritos de admiracion, que acompañaron al atrevido aëreonauta, y al instante tuvo esta empresa un gran número de imitadores.

En París, en Versalles, en Leon, los señores *Pilatre*, *Desrosiers*, d' *Arlendes* y *Saint-Romain* subieron en globos varias veces.

Monsieur Blanchard, que se empleaba en la construccion de un barco volante, bajo la direccion del abate *Viennai*, al tiempo que *Montgolfier* hizo su descubrimiento, repitió en el campo de Marte en Abril de 1784 el experimento de *monsieur Charles*, y subió á mayor altura que sus predecesores.

Aun no habia tenido este descubrimiento ningun suceso funesto; el abate *Miaulant* y los señores *Pilatre*, *Desrosiers*, y *Saint-Romain* fueron sus primeras víctimas. Quisieron estos últimos atravesar el canal de la Mancha, por medio de una máquina en que habian combinado los dos compuestos de la rarefaccion del aire, y del gas hidrógeno, esto es, la accion del fuego con su principio. Esta prueba tuvo un resultado funesto; se prendió fuego al globo, y los dos viajeros aëreos, pre-

citados de una altura de ochocientas toesas, vinieron á caer cerca de *Boulogne*. Un monumento erigido en la playa conserva la memoria de su valor, y de la terrible catástrofe que se siguió á él.

Blanchard no se contuvo por este triste ejemplo: un mes despues, el 7 de Octubre de 1785, se elevó en *Douvres*, atravesó el canal de la Mancha, y descendió en *Calais*, donde se conserva su barquilla como un monumento en las salas capitulares.

Blanchard no conocia los principios de la ciencia; pero en cambio estaba dotado de una intrepidez, que lo libertó á menudo de los compromisos en que lo ponía su ignorancia. Puedo citar en prueba de ello un hecho que presencié una ciudad entera: en una de sus ascensiones aëreostáticas de *Berlin*; viendo que no podía elevarse con la totalidad de su peso por la mala eleccion de los materiales que habia empleado en la composicion del aire del globo, tuvo la audacia de deshacerse de la barquilla, y de subir á una altura prodigiosa asido de cualquier modo á una de las mallas de la red en que estaba envuelto.

Todos los ensayos que se hicieron durante diez años en diferentes paises no tuvieron otro resultado que satisfacer una vana curiosidad, y perfeccionar la teoría de los globos aëreostáticos, sin que se aumentase en nada su utilidad. La aplicacion que se hizo de ellos al arte de la guerra cuando la batalla de *Fleurus* no ha tenido los resultados que se esperaban.

Garnierin despertó el entusiasmo que empezaba á apagarse, cuando anunció en 1797 la empresa mas atrevida que ha concebido jamas la imaginacion. Oponiendo la superficie á la gravedad, y la resistencia del aire á la caída de los cuerpos, logró convencerse que no habria peligro alguno en dejarse caer con un *para-caidas*; pues, que el éxito feliz era conforme con todas las leyes de la física; sin reflexionar que en la práctica el mas pequeño error ó el menor incidente podía traer la cuestion á su último y mas sencillo resultado, es decir, á la caída del aëreonauta, segun la ley de los cuerpos abandonados á su gravedad específica. Los espectadores, entre los cuales me hallaba yo tambien, cuando se elevó en *Mousseaux*, tuvimos un cruel momento de agonía: el *para-caidas* experimentó algun retardo en su desarrollo: parecia que *monsieur Garnierin* iba á caer sobre la tierra en razon directa de su masa multiplicada por el cuadrado de su velocidad, cuando por fortuna se abrió el *para-caidas*,

y el descenso se concluyó sin accidente alguno.

Aun podría hablaros (continuó mi compañero de paseo) de la ascension ecuestre de monsieur Testu-Bissy, y de las señoras Blanchard y Garnerin, de los bellos experimentos del doctor Zambecari y de monsieur Robertson; de los ridículos ensayos de dos ladrones con alas hechos en 1801 y 1802; pero llegamos á Tivoli, donde os esperan cosas mejores que las que yo podría contaros.

Para calcular la atencion con que escuchaba yo este discurso, y la admiracion que debia causarme un espectáculo á que asistia por primera vez, es menester acordarse que no tenia la menor idea de lo que me contaban ni de lo que iba á ver.

Sabia que los juéves y domingos era grandísimo el concurso de los que iban allí á gozar del insípido espectáculo de los saltarines de cuerda, de la iluminacion y de los fuegos artificiales; y así temia que el recinto de Tivoli no fuese suficiente aquel dia para la muchedumbre de espectadores que debia atraer aquel ensayo maravilloso: todo contribuia á aumentar su interes; lo atrevido de la empresa, que solo por dos veces se habia intentado en París; el sexo, la juventud de la que se ofrecia á hacerlo; la noble y heroica resolucion que la animaba á este acto con el solo obgeto de ser útil á su familia: ¡qué motivos mas poderosos ni mas honoríficos podian ofrecerse á la curiosidad! ¡Cuál fué mi sorpresa, cuando ví la soledad que reinaba en un sitio en que creí hallar la mitad de París! «Sois muy indulgente con los hombres, me dijo el compañero, si creéis que ven sus placeres los guie jamas un sentimiento de generosidad: cuantos puedan vendrán á gozar de este espectáculo; pero todos ó casi todos han calculado que lo verán de valde, y no han tenido presente ninguna otra consideracion. Si os trasladareis á las alturas de Montmartre ó á los llanos de Mousseaux encontrariais dos mil personas de la clase opulenta que han acudido allí para ahorrarse el gasto del boletin de entrada en Tivoli.»

Un inglés que nos estaba oyendo se mezcló muy políticamente en la conversacion. «Veo, nos dijo, que habrá aquí de gasto mas de tres mil pesetas, y que el producto de las entradas no llegará á mil y quinientas; un ensayo como este hubiera producido en Londres por suscripcion quince ó veinte mil duros á la jóven que lo va á intentar sin provecho alguno.—¿Cómo es pues, señor mio, que no hay aquí mayor número de paisanos

vuestros?—En París no somos curiosos: vuestros diarios hubieran hecho grandes elogios de un producto que se hubiera sacado á costa nuestra.—No haceis justicia á nuestros diaristas: casi todos ellos son tan ingleses como vos mismo, y no hubieran dejado de atribuir todo el honor de la fiesta.—Tenemos mas amor propio en nuestro país que fuera de él; lo que hacemos en París no lo hubieramos hecho en Londres, donde nos avergonzariamos de ir á tomar puesto en vuestros coches fuera del sitio en que se paga, como lo hacen en este momento los parisienes.» Esta observacion era mas exacta que cortés; mi respuesta fué alejarme de él.

El corto número de espectadores que habia en Tivoli se componia de estrangeros de distincion, y de algunas damas que se han encargado de hacerles los honores de la capital. Esto me hubiera suministrado materia para estrañas observaciones si un solo obgeto no hubiese llamado toda mi atencion. Mientras llenaban el globo me explicaba mi amigo cuál era el fin de los diferentes preparativos que se estaban concluyendo ya con unas ansias mortales por parte mia, sobre todo cuando se apareció la jóven para quien se disponian.

La señorita Garnerin se presentó vestida de blanco y coronada su frente de flores como una victima que conducen al sacrificio. Hizo echar un globo pequeño para ver ácia que lado estaba la direccion del viento, y notando que se dirigia ácia el sol, que al instante impidió que se pudiese ver, advirtió con mucha modestia á los que estaban allí presentes, que esperaria que el sol estuviese mas cerca del ocaso, para que pudiesen verla mejor en toda su carrera.

Llega el momento; atan al globo la barquilla con su para-caidas encima; colócase ligeramente en ella la señorita Garnerin, y sin mostrar la menor señal de inquietud, saluda á los espectadores con la bandera blanca que tenia en sus manos, y manda que suelten las cuerdas del globo, que diez hombres sujetaban con el mayor esfuerzo: fué tal su fuerza de ascencion, que subió por los aires como un rayo acompañada de las aclamaciones de los espectadores; las mias no pudieron mezclarse á las demas por la pena que oprimia mi corazon; las lagrimas corrian de mis ojos.

La jóven aëronauta habia quedado acorde en desprenderse del globo luego que disparasen tres cohetes: dase la señal: todos dirigen su vista con espanto ácia la frágil máquina que sigue elevándose.

Ya se hallaba á una altura prodigiosa; temian unos que se hubiese desmayado por ser la primera vez que esta jóven subia en un globo; otros suponian, y era la mayor parte, que contenida por el miedo, (que cada uno experimentaba aun libre de todo peligro) no podia decidirse á cortar como una parca fatal el hilo que retenia aun su vida; pero de pronto resuena un grito general de espanto; en todas las caras se nota la palidez: cortase el lazo; la barquilla separada del globo cae en el abismo del espacio... En el mismo momento, se despliega el *paracaidas*, ciérrase el abismo, y la intrepida aëronauta, blandamente balanceada en los aires, parece que baja á pesar suyo á la tierra donde suspiran todos por ella.

La señorita Garnerin ha recibido el precio de su valor extraordinario habiéndose dignado permitir S. M. que le fuese presentada.

BELLAS ARTES.

El célebre pintor Girodet ha leído en una junta pública del instituto Real de Francia, celebrada el 24 de Abril de este año, unas consideraciones sobre la originalidad en las artes de dibujo, llenas de ideas ingeniosas y nuevas, y espresadas con elocuencia y gracia. Sentimos que los límites de este periódico no nos permitan insertarlas en toda su integridad; y solo podremos extractar algunos de los pasages que nos han parecido mas dignos de atencion... "La creacion (dice) de ideas nuevas; la colocacion de las ya generalmente adoptadas, pero dispuestas de un modo ingenioso, inesperado y extraordinario; un manejo particular, pero seguro y motivado de los instrumentos del arte; una direccion libre de sus recursos, cuya independencia, resultado del impulso propio del artista, descubre en él el instinto rápido que precede á la reflexion en la invencion del asunto, fija el juicio en su egecucion, y guia el gusto en la perfeccion del conjunto, tales son el principio generador, y los caracteres distintivos de la *originalidad*. ¿No se ha visto muchas veces que el genio, semejante al torrente que rompe sus impotentes diques, destruye el tropel de falsos principios y sistemas absurdos, y nuevo Hércules, permanecer inmóvil sobre la hidra de cien cabezas? Transfugo de las sanas doctrinas, y encerrado en una especie de misantropía voluntaria, ¿no ha producido algunas veces, por un giro retrógrado del arte, obras dignas de alta estimacion, pero que estrañeras en medio de los progresos de su siglo, y diferentes de las producciones de un gusto

mas maduro, han debido hacer el mismo papel que unos salvages en medio de un pueblo culto? Hubo tiempo en que aun en su adolescencia, é intimidado por su inesperienza, ó bien atacado en su madurez por espasmos convulsivos ó vapores letárgicos, el arte impaciente por tomar su vuelo y sacudir sus cadenas, parecia que invocaba el apoyo de un guia, y la asistencia de un libertador. Asi cuando la pintura, medio envuelta en las tinieblas de la barbarie, no atreviéndose á seguir su tímido impulso, permanecia como aprisionada en los secos y áridos contornos en que la detenia un estudio mezquino, el genio poderoso y sublime de Miguel Angel estendió el imperio del dibujo á una region ideal, desconocida hasta entonces, cuyo espacio él solo ha discurrido, cuyos límites él solo ha podido fijar.

..... Si tal es la virtud, si tales son algunas veces los prodigios de un genio original, no son asi los efectos de la originalidad facticia, la cual es de todos los vicios que pueden romper las artes, el mas deplorable, el mas fastidioso y el mas incurable. En todos tiempos y en todas las escuelas ha habido artistas, que privados por una naturaleza ingrata de las facultades del talento, y devorados sin embargo por una ciega ambicion, se han condenado por cálculo al tormento continuo de no producir otra cosa que obras estravagantes, tan ajenas de las graves bellezas de la razon, como de las ligeras gracias de la locura.

Pero la originalidad verdadera, la que resulta de la vocacion irresistible del artista, puede algunas veces hacer que se le perdonen sus descarríos, y que sus excesos agraden. ¡Tan hechicera es la espresion de la naturaleza! El genio entonces es semejante á un arbol vigoroso, cuyo jugo superabundante se extravía en un lujo de vegetacion, irregular á veces, pero sin carecer jamas de aquella gracia inocente preferible á las simétricas distribuciones de un cultivo tiránico y mezquino. Las obras de Miguel Angel, de Julio Romano y de Rubens ofrecen notables egemplos de esta originalidad impetuosa, que menospreciando un apoyo estraño, obra no con el proyecto calculado, sino con la imperiosa necesidad de no escuchar mas que sus inspiraciones, sin casi respetar las reglas establecidas.

Reservemos nuestra admiracion para las obras que son el fruto, y que llevan el sello de un genio elevado. El artista que haya recibido del cielo este dichoso don, no se creará demasiado sujeto por la precision de circunscribirse á los límites del arte, ni jamas tendrá la audacia de saltar sus barreras. Su ingenia originalidad no será calculada ni convulsiva, sino que hablará sencillamente el idioma de la naturaleza, con el acento propio del órgano de que ella lo haya dotado. El genio, la belleza y la virtud, esta radiante constelacion de las artes, ocupan el centro de una vasta circunferencia, cuyo último círculo confina con las regiones de las tinieblas profundas en que se engendran los monstruos, y en los abismos inmensurables en que se acumulan los errores.

Madrid. Imprenta de Repullés. 1817.